

ban habia nacido en Maguncia : discípulo de Alcuino , añadió á su nombre el de Mauro , segun costumbre de los sabios de entonces de tomar nombres literarios. Nombrado catedrático de teología escolástica en el monasterio de Fulda , dió gran renombre á esta escuela ; y formó en ella para toda la cristiandad famosos doctores , entre los cuales se cuentan Walafrido Estrabon y Lupo de Ferrieres. A la muerte de san Eigilo , fué elegido abad de Fulda , lo que le destinaba á las mas altas dignidades , y finalmente fué elegido en 847 metropolitano de Maguncia , á pesar de su avanzada edad de setenta ó mas años. A pesar de ello , manifestó la energía y actividad de un jóven , y fué terror de la herejía y baluarte de la fe católica en las discusiones teológicas á que dieron lugar los errores de Gotescalco.

6. En este mismo tiempo , el 27 de enero de 847 , murió en Roma Sergio II. Sus últimos momentos fueron acibarados , como los de Gregorio IV , por los desastres causados por la invasion de los Normandos y Musulmanes. Los Normandos , bajo el mando de Regnar Lodbrog , sitiaron á París. El débil Carlos el Calvo pagó con oro el rescate de su capital. Los Normandos eran el terror de la Francia ; por manera que nadie osaba ni combatirlos ni cultivar los campos. Las selvas se espesaron entre el Sena y el Loira. — En agosto de 846 , los Sarracenos del África , que se llamaban tambien *Moros* , subieron el Tíber con embarcaciones ligeras , forzaron el paso de Ostia y esparcieron sus numerosos batallones por toda la campiña de Roma. Esta ciudad , protegida por las murallas mandadas hacer por Gregorio IV , y acabadas por Sergio II , resistió á los ataques , mas no pudo evitarse el saqueo de las iglesias de San Pedro y de San Pablo , que no estaban aun en el recinto de Roma : se llevaron los Moros todos los ornamentos y vasos sagrados , y entre otras cosas el altar de plata colocado sobre el sepulcro de san Pedro. En medio de tan críticas circunstancias , murió el papa Sergio , privando á los Romanos de un buen jefe de que tanta necesidad tenian.

S II. PONTIFICADO DE SAN LEON IV (12 de abril de 847-17 de julio de 855).

7. Apenas terminadas las exequias de Sergio II en el 30 de enero de 847 , el pueblo y clero romano con voto unánime proclamaron papa al sacerdote cuyos méritos y virtudes le habian granjeado todos los corazones : este era Leon IV , destinado á ser salvador de Roma y baluarte de toda la cristiandad contra los Sarracenos. Las circunstancias eran en efecto muy críticas. No llegaba á Roma el consentimiento de Lotario ; mas esta capital necesitaba de un jefe. En su consecuencia , trascurridos dos meses de espera inútil y peligrosa , fué resuelto pasar adelante , y el nuevo pontífice fué consagrado , pero con la protesta de que no se intentaba derogar en lo mas mínimo á la fidelidad y honor debidos al emperador Lotario en su calidad de protector de la Santa Sede. — Los Sarracenos por otra parte habian colmado todos sus buques de guerra de inmenso botín , y se habian puesto á la vela para regresar con su robo. Mas la Providencia permitió que toda su armada fuese deshecha por una tempestad furiosa que la estrelló , y lanzó sus restos sobre las costas de Italia con los cadáveres de los enemigos del nombre cristiano , y mucha parte de los tesoros de la iglesia de San Pedro , que se habian recogido piadosamente por toda la orilla del mar (año 847). San Leon IV acabó de hacer desaparecer las huellas de estos Bárbaros , restaurando este augusto templo con magnificencia real. Habia concebido un proyecto gigantesco , cuya ejecucion hubiera bastado por sí sola para ilustrar á un soberano y á un papa ; y era que á fin de poner la basilica de San Pedro al abrigo de nuevos insultos , habia resuelto unirla á la antigua ciudad de Roma por medio de una nueva poblacion cercada de murallas. El emperador Lotario , á quien el papa expuso su designio , lo aprobó con entusiasmo , y quiso contribuir con sumas considerables á los inmensos gastos que iba á acarrear. Comenzó esta obra inmortal en 848 , acudiendo al llamamiento del papa numerosas compañías de artesanos y jornaleros de Italia , de las Galias y de la Germania ,

que trabajaban con el mayor celo, dirigiendo los trabajos el mismo santo Padre, que consagraba á esto todos sus momentos libres. En el año siguiente 849, como si quisieran insultar á estos preparativos de defensa, vinieron los Sarracenos á desembarcar cerca de Ostia con fuerzas aun mas considerables que en la primera expedicion. Pero iban á encontrar en las costas de Italia otro campo de Poitiers y en Leon IV otro Carlos Martel. Dejemos hablar aquí á un escritor poco acostumbrado á elogiar á los papas (1). « Atacado por los Sarracenos, » dice Voltaire, el papa Leon IV se mostró digno, en la defensa de Roma, de mandar en Italia como soberano. Habia invertido las riquezas de la Iglesia en reparar las murallas, en levantar torreones, en cruzar cadenas por el Tiber. Armó á sus expensas las milicias, y trató de que los habitantes de Nápoles y Gaeta viniesen á defender las costas y puerto de Ostia, sin faltar á la prudente precaucion de tomar algunos rehenes, sabiendo muy bien que los que son bastante fuertes para defendernos, lo son frecuentemente para dañarnos. Visitó personalmente todas las guardias y recibió á los Sarracenos á su desembarco, no con pertrechos de guerra, sino como pontífice que exhortaba á un pueblo cristiano, y como rey que velaba por la custodia de su nacion. Era romano, y revivia en su pecho el valor de los primeros años de la república romana, en una época de corrupcion y cobardía, semejante á un hermoso monumento de la antigua Roma que hallamos hoy en las calles de la nueva. Su valor y pericia fueron seguidos de todos: los Sarracenos fueron atacados valientemente á su desembarco, y habiendo disipado una borrasca la mitad de sus bajeles, gran parte de estos conquistadores, que se salvó del naufragio, fué hecha prisionera y destinada á los trabajos públicos. El papa se utilizó de esta victoria, obligando á que trabajasen en las fortificaciones de Roma, en su embellecimiento y salubridad los mismos brazos que venian á arrasarla. » Así preludiaba este papa las Cruzadas.

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, tom. 1, cap. xxviii.

8. Libró pues para siempre Leon IV á la ciudad eterna de la profanacion musulmana, sin que desde esta época se haya vuelto á ver la media luna bajo los muros de Roma; y libre ya el papa de tan terribles enemigos, prosiguió los trabajos de la ciudad *Leonina* con nuevo ardor. La concluyó en cuatro años, y en el 852 la inauguró con la mayor pompa. La nueva ciudad, ó Barrio, tenia tres puertas; el santo papa se arrodilló ante cada una de ellas y oró con fervor. « Señor, decia, no caiga » mas sobre esta ciudad la espada de vuestra ira, y logre nuevos triunfos contra sus enemigos: haced que no sea ya mas juguete de las extrañas naciones. » No se contentó el infatigable pontífice con esto; sino que en el mismo año 852 reedificó la ciudad de Porto, y la pobló de una colonia de Corzos, arrojados de Bastia por los Sarracenos. Los Corzos, pueblo valiente y bravo, celoso, fiel y acostumbrado á la guerra, merecian ser escogidos por Leon IV para ser como centinelas avanzadas contra el mahometismo en las costas de Italia. *Centumcellas*, hoy Civita-Vecchia, fué tambien reconstruida y fortificada por este piadoso y vigilante pontífice.

9. Mientras todos estos sucesos acontecian, Gotescalco, monje sajón, hijo del conde Bern, y educado en el monasterio de Fulda, causaba funesto ruido en las Galias y Germania, por su persecucion en acicalar sutilezas teológicas de la mayor gravedad. De un carácter movible y turbulento, despues de haber recibido el hábito monacal, se salió de su convento so pretexto de que su vocacion habia sido violentada; pero el mundo no podia ofrecer á este espíritu fogoso el descanso que pensaba hallar en él: así es que poco despues Gotescalco, de nuevo monje en la abadía de Orbais, diócesis de Soissons, se entregó con ardor al estudio de los santos Padres, y en especial de san Agustin. Lo que para otro cualquiera hubiera sido causa de santificacion, lo fué de ruina para él. Su atrevida imaginacion y superficialidad abrazaban horizontes vagos y mal definidos; por otra parte faltaban á su ciencia dos cualidades ó fundamentos indispensables: humildad y piedad. Quiso ahondar temerariamente las profundidades del misterio de la predesti-

nacion, y dar á luz pública sueños que intentaba hacer pasar por doctrina de san Agustín. Conociendo algunos amigos suyos lo peligroso de su presuncion, le amonestaron cuerda-mente: «Encarecidamente os exhorto, le escribió Lupo de » Ferrieres, no os acaloreis la imaginacion en materias que no » conviene profundizar. ¿Es que no hay otras en que podamos » ejercitarnos mas útilmente? Apliquémonos á la meditacion » de las sagradas Escrituras, y hagámoslo con humildad y ora- » cion. Dios nos enseñará lo que nos convenga saber cuando » no busquemos cómo escudriñar lo que quiere ocultarnos. » Gotescalco no recibió cual debia estas fraternales amonesta- ciones; así es que en un concilio de Maguncia, reunido en 848 bajo la presidencia de Raban Mauro, sostuvo que *la predestinacion pone en tal estrechura al hombre, que aun cuando quisiere salvarse y se esforzare, con el socorro de la gracia, en obrar su salvacion por medio de la fe y buenas obras, nada podria si no estuviere predestinado*: doctrina reproducida en el siglo xvii por Jansenio. Los Padres del concilio de Maguncia anatematizaron á Gotescalco y sus errores, y fué enviado bajo buena escolta á Hincmaro de Reims, su metropo- litano. Raban Mauro en nombre del concilio escribió á este prelado una carta en donde con teológica precision define la nueva herejía. « La dañosa doctrina del vago monje Gotes- » calco, dice, consiste en enseñar que Dios predestina al mal » como al bien; que hay hombres que no pueden corregirse » de sus pecados ni errores, porque la predestinacion los ar- » rastra fatalmente á su pérdida, cual si Dios los hubiera criado » para condenarlos. » La cuestion promovida por Gotescalco era complexa, y versaba sobre los mas espinosos puntos de la teología: el libre albedrío, la divina presciencia, la predestina- cion; materias tratadas con tanta profundidad por san Agustín en sus libros contra el pelagianismo y semi-pelagianismo. Gotescalco sostenia que la predestinacion arrastra *fatalmente* al hombre al bien ó al mal: en esto consistia su error. Porque Dios, que prevé por su presciencia el uso malo ó bueno que hemos de hacer de nuestra voluntad, no nos quita por ello el

libre uso de esta. Ratramno, abad de Corbie, Amolon, arzo- bispo de Lyon, y Floro, diácono de esta iglesia, defendieron la fe católica contra Gotescalco, con tal erudicion y pureza, que en nada se resienten de lo ignorante de la época. Pero en la doctrina del monje sajón habia otro punto que se prestaba mas fácilmente á un equivoco. « Hay, decia, dos predestinaciones; » una á la vida eterna, otra á la eterna condenacion. » Para que fuera verdadera esta proposicion en su sentido absoluto y riguroso, era necesario añadir la condicion de que ni una ni otra de ambas predestinaciones privan al hombre de su libre albedrío; por manera que no surta su efecto la predestinacion á la vida eterna sino por libre concurso del hombre y volunta- ria correspondencia á la gracia; y que la predestinacion á la eterna condenacion no es otra cosa sino la divina presciencia, que prevé que tal hombre se condenará porque hará volunta- riamente mal uso de su libre albedrío; porque *es impío decir*, como notaba Raban Mauro, en su carta á Hincmaro, *que Dios ha criado hombres para condenarlos fatalmente*. Esta segunda fase de la doctrina de Gotescalco dió lugar á muchos equívocos en escritos de doctores por otra parte irreprensi- bles, tales como san Prudencio, obispo de Troyes (1), é Hinc- maro de Reims, quienes sostenian que no hay doble predesti- nacion, *porque Dios*, decian ellos, *no crea al hombre para condenarlo*. Entendian pues la predestinacion á la muerte eterna en el sentido de una fatalidad que arrastrase al hombre á su pérdida á pesar suyo, y destruyendo su libre albedrío. La obra que mas se separó en este punto del dogma católico, fué un tratado de Escoto Erigena sobre la *predestinacion* (2). Escoto era un irlandés de mas erudicion que juicio; sofista superficial, poco versado en la teología, talento sutil, atrevido y socar- ron, á quien Carlos el Calvo habia llamado á su corte. Escoto Erigena sostuvo formalmente, contra el comun sentir de los santos Padres, que solo habia una predestinacion, la de la vida

(1) Prudencio es autor de los *Anales* que hasta ahora han corrido con el nombre de san Bertin, en cuyo monasterio se descubrieron.

(2) *Erigena* quiere decir *natural de Erin*, antiguo nombre de la Irlanda.